**Domingo 25º del T.O. Ciclo C (22.09.2019): Lucas 16,1-13.**

**‘Dios y el Dinero no son dos amos. Son uno’.** Lo escribo CONTIGO:

Después del relato que llamé y llamaré ‘Lucas quince’, se nos propone para la liturgia de la eucaristía de este domingo el texto de **Lucas 16,1-13**. Y si alguien lo desea, puede alargar su lectura y meditación hasta el versículo decimoctavo, porque Lucas 16,14-18 no se nos leerá jamás en la liturgia dominical. ¿Otra nueva censura de la clerecía al Evangelio? Una más.

Junto a este primer asunto recuerdo que este Evangelista nos está contando la tarea evangelizadora que realiza su Jesús de Nazaret mientras va de camino desde Galilea (Lc 9,51) hasta Jerusalén (Lc 19,29). El texto que se nos propone (Lc 16,1-13) parece encontrarse en una supuesta o imaginada segunda etapa de dicho camino que tendría su inicio en Lc 13,22 y su final en Lc 17,10. En el camino, el Jesús de Lucas comparte sus decisiones con sus seguidores.

De esta imagen del camino, ya se comentó aquí, se sirvieron los tres Evangelios llamados sinópticos (Marcos, Mateo y Lucas) para presentarnos la experiencia de ser seguidores de aquel hombre de Galilea, laico, llamado Jesús y considerado profeta por su forma de convivir y de compartir cuanto sabía, soñaba y creía.

En el texto de **Lucas 16,1-13** el Evangelista nos deja entre manos una de sus parábolas nada sencillas de comprender. Una de las ediciones de la biblia que suelo consultar titula en negrita **‘Parábola del administrador sagaz’** este relato que se nos leerá en la santa misa eucarística.

Ignoro si alguna traducción se atreve a titular este relato como **‘El elogio de la corrupción’**. Así lo dejo escrito porque, sinceramente, no se me ocurre otra mejor titulación después de leer *“¿Qué haré ahora que mi señor me quita la administración... Haceos amigos con el dinero injusto...”* (Lucas 16,3-9). Quiero pensar que el narrador Lucas no desea presentar a su Jesús como el profeta que propala tales injusticias. Por eso, esta parábola es muy desafortunada.

En este contexto, en el que nos ha situado la parábola, escucharemos la frase lapidaria que se pone en labios de este Jesús de Nazaret: ***“Decía también a sus discípulos: No podéis servir a Dios y al Dinero”*** (Lucas 16, 1 y 13). Tú y yo nos consideramos discípulos de este Jesús de Nazaret y creo que comprendemos muy bien a nuestro Jesús que denunciaba la realidad del Templo y del Sacerdocio de la Religión de Israel por el lujo de su ostentación y por el ansia insaciable de Dinero. ¿Cómo saber cuál era el estado de las finanzas del Tesoro del Templo?

Y sigo mi contemplación crítica. ¿Existe alguna RELIGION en nuestra tierra en la que su Dios no esté casado realmente con su Dinero? ¿Existe algún Dios sin Dinero? Tanto el uno como el otro, ¿no lo ha creado el ser humano a su imagen y semejanza? Tú y yo somos conscientes o no de que ese es nuestro propio poder creador.

En nuestra familia eclesial, a lo largo de siglo tras siglo, hemos acumulado méritos sobrados para dedicarle a nuestro Dios el mejor de nuestros Dineros e, incluso, hasta la riqueza que no se poseía. A muchos se nos llegó a llenar la boca con aquello de ‘el buen uso de las riquezas’. ¿Puedo pensar que Lucas se equivocó? Dios y el Dinero no son dos ‘amos’. Son uno y el mismo.

**Domingo 43º de Mateo (22.09.2019): Mateo 24,1-51.**

***“Todo cuanto deseas que te hagan, házselo a los demás”* (Mateo 7,12)**

*“Jesús salió del Templo”* (Mateo 24,1). Según este Evangelista, desde este preciso momento de su narración se está empezando a cumplir lo que había dejado anunciado en Mt 21,45-46: La autoridad de aquel Templo de Jerusalén estaba buscando la oportunidad de apresar a Jesús para hacerlo desaparecer. El primer paso de esta desaparición es el éxodo, la salida definitiva, de Jesús del lugar central de la historia, la religión, la política... y la identidad de Israel.

A partir de ahora, Mateo pone en boca de su Jesús de Nazaret el quinto y último discurso. Con seguridad, aquel hombre y laico de la Galilea nunca pronunció este discurso tal cual lo leemos ahora sus oyentes. Los cuatro discursos anteriores tampoco los pronunció este Jesús tal cual los hemos leído y nos hemos atrevido a comentarlos críticamente. Recuerdo ahora que el primero de estos discursos lo encontramos en los anteriores capítulos quinto, sexto y séptimo.

Este explícito discurso final, el quinto, ocupa la totalidad de los capítulos vigésimo cuarto y vigésimo quinto del Evangelio de Mateo. Insisto en que el número de discursos de este Jesús de Mateo fueran cinco. ¿Acaso no anduvo pensando Mateo en los cinco libros de la Ley que puso su Yavé Dios en sus manos como Camino, Luz y Vida para el pueblo de Israel?

Creo que para este narrador Mateo, el verdadero y nuevo Moisés no es ya el de aquella Ley, sino el laico galileo protagonista de su relato que traía entre manos una nueva experiencia de vida, se la llame humana o divina, material o espiritual... Y esta experiencia nace, crece y llega a su plenitud cuando se siembra en los adentros de la persona esta semilla: ***“Todo cuanto deseas que te hagan, házselo a los demás. Ahí se encuentran toda la Ley y los Profetas”***.

Este discurso final (Mateo 24-25) comienza con esta categórica afirmación de este Jesús ante la magnífica construcción del Templo del que acaba de salir: *“¿Veis todo esto? ¡Todo será destruido!”* (Mt 24,1-2). Una denuncia tan radical como lo es ésta no fue un mensaje ‘original’ ni de Jesús de Nazaret ni del Evangelista.

La primera persona que se atrevió a dejar escrita una denuncia tan radical fue un campesino de Moreset Gat, pueblecito cercano a Jerusalén, llamado Miqueas, que en los alrededores del año 725 antes de Cristo proclamaba: *“Escuchad jefes de Israel... jueces... sacerdotes... y profetas... Por vuestra culpa el monte de Sión será arado, Jerusalén se convertirá en un montón de ruinas y el monte del Templo se cubrirá de maleza”* (Miqueas 3,8-12). ¿Por qué?

Este Jesús del Evangelista Mateo, como aquel Miqueas del campo, habla con diáfana clarividencia para toda aquella persona que se atreva a escuchar, sea de la época que sea: *“Estad atentos para que nadie os engañe”* (Mt 24,4). ¡Cuánto me recuerda esto lo que acabamos de leer y comentar en el capítulo anterior de este Evangelio! No me olvido, estamos leyendo el quinto discurso del ‘nuevo y definitivo Moisés de Israel, que es Jesús’ y éste nos llama la atención: Lo que importa siempre es ‘la buena noticia del Reino-Reinado de Dios’ (Mt 24,14; Mt 25,1). Y esta buena noticia ya nos la dejó regalada, sembrada y explicada en su tercer discurso (Mt 13). ¡¡¡Que nadie nos enrede a ti y a mí con el lenguaje de la apocalíptica!!!